

La libertad duele. La ideología del siglo XIX como puede leerse en el caso del salvaje de Aveyron.**Enrique A. Rodríguez**

“La libertad duele”. Con estas palabras cierra Zizek su comentario a la célebre escena de la no tan célebre película *They Live* (1988) [título en castellano *Están vivos*] de J. Carpenter. Así alude sin duda a los puñetazos que el personaje principal debe propiciarle a su amigo para que finalmente acceda a ponerse las gafas. Recordemos que nuestro héroe “John Nada” –verdadera encarnación del sujeto sujetado que disponiendo apenas de su fuerza de trabajo debe emplearse como obrero de la construcción en una California en plena recesión- había encontrado una caja con unas gafas de sol en una iglesia abandonada¹ que al usarlas revelaban el mensaje entrelíneas del mandato ideológico. “Obedece”, en los carteles publicitarios; “Este es tu dios” como inscripción que adorna el papel moneda, etc.

Esta imagen nos presenta la ideología bajo la clásica forma de la realidad invertida, deformada y mistificada, pasible por ello de ser corregida apelando a una representación adecuada de la relación de la base económica (trabajo alienado) y la superestructura. De la relación existente entre el individuo y sus condiciones reales de existencia. Condiciones que además pueden ser advertidas por un esfuerzo suficiente de la voluntad y modificadas a conciencia (el acto mismo de ponerse las gafas).

Sabemos que el siglo XX –en especial la filosofía de L. Althusser- buscó complejizar esta imagen de la ideología dominada por la metáfora del edificio para postular en su lugar un modo de representación necesariamente imaginario de la relación que los individuos mantienen con las condiciones reales de existencia (Cfr. IAIE p.45 y ss.). Idea que haremos bien en pensar a la par de la función imaginaria que Lacan asigna al yo en su compleja conceptualización del sujeto con el que tiene que vérselas la clínica psicoanalítica.

Sin entrar en detalles que nos llevarían más allá de los límites de esta ponencia, baste señalar que postular como condición de la representación que los individuos mantienen con las relaciones (sociales-materiales) que los constituyen como sujetos un elemento imaginario nos lleva al menos a pensar lo imaginario por fuera y más allá de la clásica dicotomía verdadero-falso. No es entonces que el sujeto se haga de su relación con sus condiciones de existencia una imagen necesariamente

¹ El hecho de que las gafas que permiten “ver bien” sean halladas dentro de una iglesia abandonada merece quizás un análisis aparte.

falsa o distorsionada (metáfora de la estructura), sino que esta relación, según Althusser es necesariamente de naturaleza imaginaria².

Valga esta aclaración para señalar ahora que una metáfora como la de las gafas para pensar un *afuera* y la posibilidad de una *salida* del estado ideológico deberá ser resignificada: o bien como un modo mistificador (ideológico) del modo en que conceptualizamos la propia ideología; o bien la metáfora deberá *disolverse* –las propias gafas deberán disolverse- y esto es fundamental si queremos además apropiarnos de la tesis de la *materialidad de la ideología*. Las gafas están siempre-ya-ahí pero en la forma de nuestros propios ojos, o mejor y como veremos más adelante, bajo la forma de nuestro propio lenguaje.

Repetimos entonces “la libertad duele”. Y vemos cómo la libertad le duele a Victor, nuestro salvaje de L’Aveyron. Le duele no en sentido metafórico, pues son varias las referencias de J.M Itard a los accesos de llanto y a conductas que le parecen anunciar en el joven los síntomas de la epilepsia provocados por las enloquecedoras sesiones de adiestramiento a las que lo sometía esperando lograr así transmitirle la capacidad de hablar, de valerse por sí mismo del lenguaje. Pero avancemos en la indagación y preguntémosnos aún ¿qué es lo que duele y por qué? Lo que a Victor le duele –y esta será nuestra tesis valiéndonos de ideas de Althusser- es que la pedagogía itardiana busca colocar en él y de manera inconsciente las gafas del *sujeto psicológico*, del sujeto de necesidades, con una serie de métodos que propicien en él –chance de poner a prueba las elucubraciones rousseauianas sobre el buen salvaje- todos los buenos hábitos que si la filosofía de Itard es correcta *deben* dar por resultado un hombre civilizado (libre). El método duele porque sólo busca introducir a la fuerza –a través de los preceptos de una pedagogía iluminista- los signos ideológicos de una particular representación imaginaria de la subjetividad.

Este sujeto psicológico es precisamente la forma bajo la cual Itard –y con él gran parte de la práctica médica de principios del XIX- busca integrar al pequeño salvaje a las bondades de la sociedad. Y esta posibilidad se abre además porque el estado en que se encontraba a la sazón el debate respecto de aquello que nos vuelve humanos, debate acerca de la relación naturaleza-cultura que adoptó formas tanto políticas como gnoseológicas hacia dentro del campo filosófico-

² Al insistir en que la relación de los individuos con sus condiciones de existencia es imaginaria, Althusser desplaza a la representación de su lugar central en la relación hombre mundo, ahora la representación (lo imaginario) aparece como un efecto de otra relación más fundamental, de la que los individuos sujetos no son conscientes: su asignación a lugares determinados en la estructura productiva=condición de existencia de los individuos

así lo permitía. Si atendemos a la representación que del caso hizo F. Truffaut en *L'enfantsauvage*(1970) [título en castellano *El pequeño salvaje*] así como a las primeras páginas de las memorias del Dr. Itard advertiremos cómo la posición de este último representa un puesto de avanzada dentro de los diagnósticos posibles. El debate queda plasmado en la película cuando Itard solicita al psiquiatra Pinel –ambos contemplando al pequeño salvaje desde un ventanal en Bicetre- hacerse cargo de su educación. Pinel sostiene “porque es un imbécil fue abandonado” a lo que nuestro joven médico responde “porque fue abandonado se encuentra en estado de imbecilidad”. Lo esencial de las posiciones se resume en sus opiniones respecto de la posibilidad de introducir algún tipo de cambio en el estado actual de Victor. Para Pinel ese ser que se revolcaba desnudo bajo la nieve, incapaz de fijar la atención en ningún objeto poseía la misma inteligencia que un animal. Para Itard el estado actual del pequeño es apenas la prueba de todo aquello que el sujeto gana –claramente sin siquiera advertirlo- con el propio contacto de sus congéneres, contacto que le facilita para ser más específicos, el preciosísimo instrumento del lenguaje.

Pero antes de adentrarnos en los supuestos ideológicos que podemos identificar en la pedagogía de Itard, digamos algunas palabras respecto del modo de conceptualizar a la propia filosofía que nos permite realizar estas observaciones.

Materialismo itardiano y materialismo althusseriano

Creemos necesario el apartado porque a lo largo de las memorias de Itard hay más de una referencia al estado ventajoso en que se encuentra él mismo respecto de otros a los que llama “metafísicos” y que sin duda se rindieron –en una caracterización que nos recuerda a las mejores páginas de Hume- a la mera especulación racional. Frente a ellos Itard dispone de toda una batería de observaciones y de experimentos anotados minuciosamente, repetidos sistemáticamente y analizados con el mayor rigor científico. El mismo cierre de la primera parte de sus memorias concluye con una reflexión acerca de la importancia de no apresurar una opinión concerniente a la posible evolución de una pubertad recientemente despertada por carecer de las observaciones empíricas necesarias.

Si consideramos que Althusser realizó un aporte valioso al redefinir nuestra práctica filosófica como “lucha de clases en la teoría” no podemos negar que parte de esa lucha se manifiesta en un

esfuerzo de apropiación y resignificación de ciertos conceptos, muchas veces incluso de idénticos sintagmas. Por ejemplo: la ideología despojada de su relación con las ideas y la conciencia en IAIE. Cuando logramos despojarnos entonces de la imagen que presenta a la filosofía como una actividad especial y separada ocupada en determinar la verdad acerca del mundo, cuando abandonamos las ilusiones trascendentales que pueblan los pasillos de la ideología, encontramos un vocablo de larga disputa: materialismo. El materialismo siempre ha tenido un contrincante bien definido: el idealismo. Y frente a él ha ofrecido –a la par que demandado- “hechos” en lugar de “ideas”. En una primera aproximación vemos que precisamente de registrar hechos positivos se ocuparon los médicos filósofos como Itard. No obstante la historia de nuestra disciplina bien nos advierte que esos hechos pueden pesar lo mismo que el Absoluto hegeliano, incluso menos.

Victor es la chance de poner a prueba dos conceptos de materialismo

1) De inspiración condillaquiana, sensualista y empirista, preocupado por explicar el advenimiento de las ideas (por ej. idea de sustancia) a partir de la aparición de los sentidos y de facultades asociadas (memoria, imaginación, etc.). Este materialismo se contenta con disputar el modo en que se explica la aparición de ciertas ideas en un sujeto completamente abstraído del medio social –no es casual en este sentido que Condillac nos ofrezca como metáfora del sujeto de conocimiento una estatua. Podríamos comparar la rigidez de la estatua con la rigidez con la que es pensada la estructura social, tan disfrazada bajo la forma del dato que ni siquiera es un elemento a tener en cuenta dentro de una conceptualización del sujeto cognoscente.

2) Un materialismo de tipo histórico que no puede prescindir del proceso de trabajo necesario para la reproducción de cualquier formación social a la hora de pensar el modo bajo el cual un sujeto –recién nacido o encontrado en completo estado de abandono lo mismo da- es incorporado a la estructura social. Un materialismo que desechará el principio de causalidad en su forma empirista o racionalista para buscar una explicación apelando al concepto de “causalidad estructural”.

Es sin duda este último sentido de materialismo aquel por el cual nosotros queremos tomar partido en este trabajo. Es también sin duda el primer tipo de materialismo mencionado aquel que atraviesa la reflexión de Itard. Vayamos entonces a analizar los supuestos ideológicos presentes en las memorias de Itard y en su propio método pedagógico.

Supuestos ideológicos

Para elaborar este apartado nos referiremos a algunas de las ideas que L. Althusser presenta en su conferencia *Psicoanálisis y Cs. Humanas*. Recordemos que nuestro filósofo fue el responsable de abrir las puertas de la *Ecole Normal Supérieure* al psicoanalista más célebre del siglo XX aparte de Freud: J. Lacan. Recordemos también que esto no tuvo lugar por mera simpatía sino porque el modo novedoso en que este último re-leía en clave estructuralista y valiéndose de las herramientas ofrecidas por la lingüística saussureana los textos fundamentales que dieron lugar a la técnica psicoanalítica prometía –si de hecho ya no lo había logrado, tesis discutida en estas mismas conferencias- el ingreso de esta terapia de la palabra en el dominio de la ciencia. Althusser argüirá a favor del psicoanálisis y atacará en esta conferencia todos aquellos intentos por re-absorber teóricamente aquellos conceptos científicos que el psicoanálisis lacaniano había conquistado en una durísima batalla teórica y que le costaría precisamente a Lacan su “excomulgación” de la IPA.

Para ordenar la exposición entonces presentamos ahora una tesis que Althusser desarrolla entrada su segunda conferencia. Él se pregunta ¿cómo es posible la psicología? Y responde que esta supone “un cierto número de estructuras fundamentales que la hacen posible”. Estas son las que identifican tres significantes bien diferentes, que designan realidades completamente disímiles, pero que hacia dentro de la práctica psicológica tienen un mismo referente. Se trata de la tríada individuo-sujeto-yo. Althusser dirá que *individuo* es una palabra que puede tener un sentido en el dominio de la biología y en la división del trabajo, en la división de las funciones sociales³. El *sujeto* es identificado con el sujeto de la imputación de un cierto número de conductas, morales o políticas. Aquí Althusser hará una observación que es muy útil para nuestro caso, dice “no es un azar si el sujeto designa⁴ aquello que es sujetado mientras que en la función clásica de la psicología designa lo que es activo”. Y vale la pena ampliar la idea “el sujeto es el que está sometido a un orden, el que está sometido a un amo, y que es al mismo tiempo pensado en la psicología como siendo el origen de sus propias acciones”. Finalmente, el ego es el que está ligado a una estructura completamente diferente y que concierne específicamente al ámbito filosófico.

³ Este peculiar emparentamiento entre la biología y la división social del trabajo merece sin duda toda una consideración aparte.

⁴ Debemos leer aquí el *sujeto* correctamente comprendido

Podríamos decir que el ego adquiere sustancia gracias a una problemática filosófica que se desarrolla con el cartesianismo a partir del siglo XVII y que tiene como resultado la fusión del ego con el sujeto de verdad, es decir, con el sujeto de la objetividad. Para Althusser esta identificación se proyecta sobre la *estructura real del sujeto* y la hace coincidir con la estructura imaginaria del yo, con una estructura centrada.

No entraremos aquí en el detalle de cada una de estas estructuras, bástenos con señalar que estas pueden existir en un solapamiento que da lugar a la constitución de una disciplina como la psicología. Teniendo en cuenta que Itard trabaja con Victor a principios del siglo XIX, este análisis nos lleva a proponer que su posición teórica y su método lo convierten de un modo algo anacrónico en un psicólogo en el peor de los sentidos.

Concretamente podemos basar estas observaciones en el modo en que Itard piensa enseñar a Victor el dominio de la función simbólica, sus primeras palabras. En sus memorias el título dedicado a las vicisitudes de esta tarea es “Cuarto objetivo: Inducirlo al uso de la palabra determinando el ejercicio de la imitación a través de la imperiosa ley de la necesidad” Itard ve en Victor un ser biológico que debe insertarse en la sociedad como si se tratara del sujeto psicológico mencionado más arriba. La palabra será concebida como el signo de una necesidad, será el medio que el sujeto deberá emplear para obtener de otro (su interlocutor) una cosa deseada-necesaria⁵.

Itard registra con desazón la evidente indolencia del pequeño salvaje a diferentes estímulos sonoros a los que es sometido⁶. Pero su decepción no se relaciona precisamente al hecho de que aquel no escuche –porque no es sordo y un estudio de su aparato fónico no revela ninguna imposibilidad fisiológica- sino a la constatación de que su oído resulta indiferente a la voz humana articulada. Recordemos que en este punto Itard relata también los motivos que lo llevaron a bautizar al salvaje –a este ser biológico- con el nombre de Victor. Luego de observar cómo el niño no se mostraba alterado frente a la descarga de un arma de fuego a sus espaldas pero sí era capturado por sonidos ínfimos como el que hace una nuez al ser arrojada suavemente, Itard se detendrá en la reacción del salvaje a una vocal, específicamente la “O”. Sucede que un día en que la casa recibía visitas, el intercambio verbal entre dos individuos tuvo como rasgo particular⁷ la

⁵Debería también indagarse la relación deseo-necesidad como se manifiesta en los supuestos de esta pedagogía.

⁶ De hecho este apartado comienza afirmando “Si sólo hubiera querido exponer los resultados positivos de mis esfuerzos, hubiera suprimido en este trabajo, esta parte referente al cuarto objetivo”

⁷ O debiéramos decir que el rasgo se vuelve particular por los supuestos que condicionan a Itard.

repetición de la exclamación "OH". Parece que uno de los interlocutores comenzaba sus expresiones diciendo "Oh esto", "Oh aquello" lo cual despertó según Itard, la atención de Victor. El "reconocimiento" (entre comillas) de esta vocal por parte del salvaje será motivo de contento y esperanza para nuestro doctor quien creerá que el descubrimiento de este elemento le permitirá habilitar la función simbólica en el niño. De allí el nombre "Victor" por la sonoridad de la "o" al final del significante. De allí también la ilusión de Itard de que Victor haya reconocido la función de la negación derivándola de ese "no" que le dirigía cuando aquel se equivocaba en los ejercicios que el doctor le proponía y que tan bien representado está en la película de Truffaut "-No Victor!"

Pero este esquema sujeto-lenguaje-necesidad tocará su límite –al mismo tiempo que le permitirá a Althusser ponerlo al descubierto- cuando Itard refiera cómo fracasaron rotundamente sus intentos de enseñar a Victor cómo pedir agua (necesidad psicológica-biológica???) mediante el signo correspondiente "Agua" (en francés *eau* pronunciada "o"). Citemos las memorias

"Tenía motivos para pensar que la primer vocal que pronunciaría sería la O, ya que había sido la primera en escuchar; y me resultaba muy provechoso para mi plan que esta simple emisión de la voz constituyera, al menos en cuanto al sonido, la señal de una de las necesidades más habituales de este muchacho."(Itard, 1978:78)

No obstante, llegado el momento en que Victor sentía sed y puesto frente al estímulo visual y auditivo de otras personas solicitándose mutuamente agua mediante el signo "eau" lo único que Itard pudo registrar fue su impaciencia y como el niño emitía "una especie de chiflido, pero no articulaba ningún sonido." (*ibid*)

Vemos también los límites ideológicos de esta pedagogía en la respuesta que ofrece Itard a estos resultados. Dice "Hubiera sido inhumano insistir. Por lo tanto, cambié el objeto pero mantuve el mismo método. Comencé a trabajar con la palabra "leche" (francés *lait*, pronunciación *le*)"

Nuestro doctor no cesará entonces en su postura que considera a la palabra como signo de una cosa a demandar de otro. Si "agua" no funcionó, habrá que probar con otro tipo de bebida. Es realmente llamativa esta declaración de Itard porque revela a nuestro criterio –esto no es una observación de Althusser- el encierro teórico en que se encuentra esta pedagogía. El fallo de Victor no es capaz de ser explicado por Itard y no hay ninguna relación ulterior en sus memorias que justifique la razón por la cual debieran esperarse resultados satisfactorios por cambiar de objeto, "leche" en lugar de "agua".

Así y todo habrá algunas diferencias. Dice Itard “El cuarto día de este segundo experimento logré obtener lo que deseaba y escuché que Victor pronunciaba con claridad aunque con aspereza, la palabra “lait”, que repitió casi de inmediato.” (Ibid) Pero esta primera alegría se convertirá rápidamente en nueva derrota pues Victor pronunciaba la palabra “leche” sólo después de haber recibido el vaso y haberlo bebido, nunca *antes*. ¿Qué hubiera revelado a los ojos de Itard la anterioridad en el tiempo de la preferencia? Hubiera sido el signo de la constitución, del advenimiento de este sujeto psicológico que es capaz de emplear el lenguaje a voluntad (de darle un nombre a aquello que necesita). Itard busca un sujeto de la imputación (de ciertos actos, de ideas etc.) que en realidad es efecto de una estructura social, de una cultura que se precede siempre a sí misma interpelando a los individuos constituyéndolos en sujetos a partir de ese mismo acto. Por eso su método falla y encuentra algo que no encaja, pues este sujeto es pensado como sujeto psicológico, generando en Itard la idea de poder introducirlo a voluntad –mediante adiestramiento- sobre un individuo biológico.

De este modo ha quedado al descubierto siguiendo las ideas de Althusser, la ideología dominante respecto de la adquisición y el uso del lenguaje en un caso concreto que tuvo relevancia para la medicina y la filosofía francesa en el siglo XIX. De allí en adelante Althusser desarrollará en esta conferencia el modo alternativo en que puede y debe pensarse el ingreso del sujeto en la cultura (tema del cual se ocupa específicamente y parece ser la opinión de Althusser también de modo científico) el psicoanálisis.

Nos damos por satisfechos aquí si con estas observaciones suscitamos en el lector el deseo de reconstruir la historia de Victor de L’Aveyron dotándolo además de algunas ideas que lo lleven un poco más allá de la curiosidad y la anécdota.

Bibliografía

Althusser, L. (2014) *Psicoanálisis y ciencias humanas*, Buenos Aires, Nueva visión.

Foucault, M (2008) *El poder psiquiátrico*, Buenos Aires, FCE

Itard, Jean (1978) “Memoria sobre los primeros progresos de Victor del Aveyron” en Montanari, Augusto, *El salvaje del Aveyron: psiquiatría y pedagogía en el iluminismo tardío*, Buenos Aires, CEAL.

Truffaut, F (1970) *L’enfantsauvage* (film)

Zizek, S (2012) *The pervert's Guide to Ideology*(film)